

Cuentos del paraíso de las islas

12-09

Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 20/11/2023
Número de páginas: 14
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

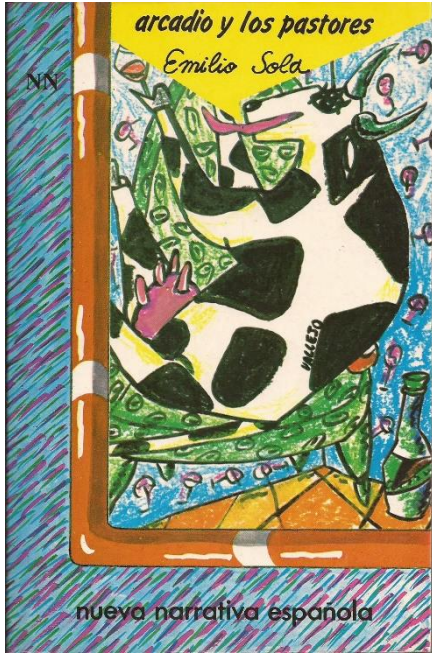
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

09 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, Segunda parte: 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, Tercera parte: 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. 9
2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim Bushacor sobre el padre del cuchillo 13
3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. 22
4. El grupo del valle del Mago 32
5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de Leila V y Estambuli Entrambosaires 40
6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado. 50
7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago 61

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza 75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla 87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago 97
4. Los rebaños de la trashumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros 106
5. La breve experiencia de trashumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato 114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago 124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov 134

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín.	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia.	210
Dedicatoria y Final	223

~~—Simón llamaba pocas veces a Don Fion por este nombre: normalmente le decía Don Hermoso o Negro Fion—, Flora y Ali se encargan de rehacer las cercas y el resto nos vamos al encuentro de los pastores, ¿o.k.?~~

~~—No, Mago. Filis y yo tenemos trabajo de tablero hoy —puntualizó Yeni—. De las chicas, sólo Catalina Ivanova os acompañará.~~

~~Y comenzó, una vez más, la marcha mañanera.~~

2.— Don Fion y Claudia, como habían previsto, prepararon su expedición al calvero del perro y de la cabrita. En una mochila las provisiones, en otra las herramientas que pensaban necesitar, un odre de pelleja de cabra bien alquitranada con agua y una bota de vino que Don Fion siempre procuraba llevar consigo, se hicieron a caballo durante la alborada todo el tramo llano del valle del Mago; la aurora les cogió casi en la linde del bosque, en donde dejaron los caballos, y el ascenso hacia el calvero del perro y la cabrita se lo hicieron a pie. Claudia, pensativa aquella mañana, ascendía por los senderos por delante de su compañero de marcha. Calcularon que serían de tres a cuatro horas de camino.

—Los pastores van a tener dura jornada hoy con este sol —comentó Don Fion con la silenciosa Claudia.

—Decían que estaban como a tres jornadas de campo abierto, que no es mucho. Mañana, si quieren, pueden alcanzar el valle del Mago —y haciendo un breve alto para que el gallego Don Fion llegase a su altura—. ¿Has visto lo degradado que está el bosque aquí?

—Estambuli y Arcadio han estado fichando todo ésto y parece que Filis tiene ya el mapa alzado —Don Fion se detuvo a la altura de Claudia, dejó su mochila de herramientas en el suelo y echó un trago de vino—. ¿Quieres un poco?

—No he conseguido aprender a beber de tu chisme exótico —rechazó Claudia, que prefirió beber del odre de agua—. ¿Sabes tú de bosques, Negro?

—Más bien poco, y más de los norteños que de éstos del sur —se echó la bota al hombro y se apoyó ligeramente en el de Claudia mientras contemplaba el tramo de bosque degradado—. Estais fuertes las tunecinas, ¿eh?

—Es más fruto de la edad que del origen, Negro —y reanudaron la marcha—. ¿Dónde creciste tú?

—En el norte gallego, en el Pirineo y en la del naranjal de la costa. Este es mi tercer enrolle... —y siguió Don Fion—. ¿Te gusta a ti esta experiencia de interior?

Claudia había tomado de nuevo la delantera, aunque marcaba ritmo menos fuerte de marcha para charlar mejor.

—Por ahora, mucho. Y las escapadas a la costa facilitan la adaptación en mi caso. Simón lo ha planeado muy bien, ¿no crees?

—Sí, y el Fito Naser, que es un genio —hizo una pausa el gallego—. Pero últimamente te noto un poco mosca... Te enrollas regular con Ali.

— ¡Qué va! Lo que pasa es que es todavía un crío y se lo toma todo a la ligera. Y yo sigo siendo un poco posesiva. No lo puedo evitar.

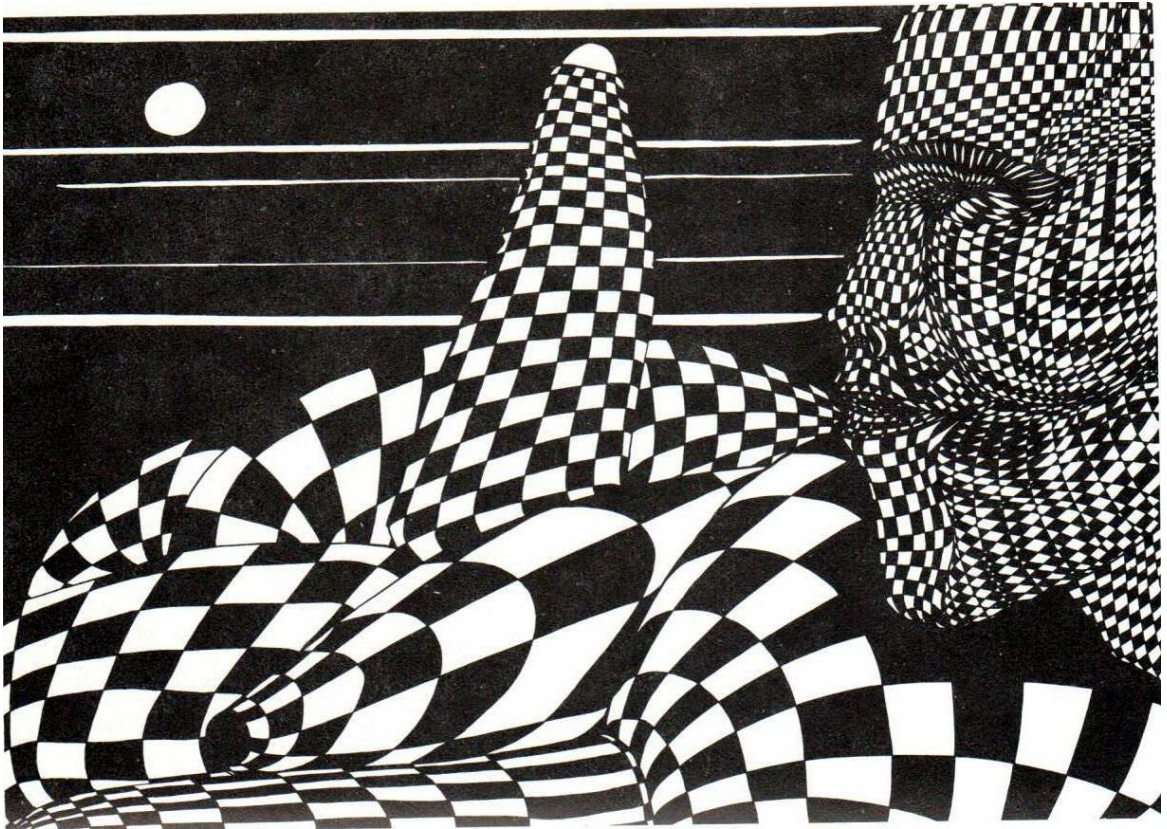
—Flora me contó lo tuyo y lo del Abdelhakim Aranguren. Es una hermosa historia.

Claudia siguió en silencio unos cien metros bosque arriba, ya el matorral y bosque bajo atrás, pero no evitó la conversación.

—Me costó lo mío superar la fijación. A algunas chicas nos suele suceder así. El Abdú era y es un buen tipo —la chica hablaba como para sí, con abundantes pausas, y Don Fion la dejaba, a corta distancia—. Flora Abenza me ayudó mucho... y el año largo con los ramadaneros. Lo de la poligamia no era ninguna tontería —rieron los dos—. Un poco bordecillo con el paso del tiempo, pero en su origen era una espléndida manifestación de solidaridad de grupo.

—Es curioso que las chicas de la costa sur la entendais mejor que las de la costa norte.

—Puede ser normal. Querencias heredadas, supongo —Claudia hizo una pausa, siempre por delante de su com-



pañero en el ascenso; siguió, como para sí—. Prefiero el arreglo a tres, sin embargo.

Caminaron en silencio. El sol comenzaba, más alto, a hacer sentir su fuerza, más cuando el bosque era más ralo. Fundamentalmente pinar por donde atravesaban, a Don Fion le entró morriña de los bosques norteños.

—Nada como el rebrotar en los árboles de hoja caduca te puede transmitir la emoción de la llegada de la primavera —comentó en una de las breves pausas, pero Claudia no pareció conectar con su onda.

Caminaron a la par un rato en uno de los ya abundantes claros, casi en la cima desde donde podían ver su lugar de destino.

—¿Sabes por qué llaman así al calvero del perro y de la cabrita? —preguntó Claudia.

—Parece que es una vieja tradición de los nómadas, de antes de la decadencia y semiabandono de estos parajes. Simón localizó en los mapas viejos esa denominación y la conservó en los más precisos que están levantando últimamente. Un viejo de Guelma le contó que hacía muchos años, cuando él era casi niño aún, unos pastores de la región habían extraviado durante una noche de tormenta un perro y una de las cabritas que a veces acompañaban a los rebaños ovinos en su regreso en otoño al norte y que a la primavera siguiente habían encontrado a los dos animales en aquel calvero, sobrevivientes juntos de las nieves del invierno, en su viaje de primavera en busca de los pastos del sur, y que desde entonces aquel perro y aquella cabrita habían formado pareja peculiar en el rebaño hasta su muerte; más aún, aquel perro había prestado siempre, hasta muy viejo, especial atención a la parte del rebaño descendiente de la cabrita compañera de aventura; muy viejo ya, casi ciego, recorría el rebaño olisqueando el ganado hasta toparse con alguna cabrita descendiente de aquella compañera de extravío y descansaba cerca, y los cabritos incluso jugaban con él, y se dejaba hacer. Otros pastores contaban, pero el viejo guelmés no lo certificaba con seguridad, que un otoño en el viaje de trashumancia al

norte, el perro y la cabrita se habían extraviado de nuevo, ya viejos, y a la primavera siguiente habían encontrado sus cadáveres en el calvero que, desde entonces, llevó su nombre.

—Demasiado perfecta la historia para ser verdad, ¿no crees? —comentó Claudia Auani, lista para abordar el último tramo del ascenso.

—Como toda historia de este tipo calculo que algo tendrá de verdadero y algo de fabulación... Lo importante es que es sugestiva, una provocación para la capacidad de imaginar de cada cual.

Desde lo alto del último repecho, bosque de pinos no muy denso, podían ver tras sí el valle del Mago en panorámica espléndida; frente a ellos se extendía otro nuevo macizo montañoso, nuevo valle más angosto que el de la fuente de la Estrella bordeado de montes de escalonadas alturas hacia las altas mesetas no visibles desde allí aunque adivinadas —lejano destello amarillento— tras algunos quiebros de la cinta de verdor... El calvero del perro y de la cabrita lo identificaron de inmediato; era el más amplio claro del bosque de aquel lugar, punto de agua y buen pastizal con viejos ejemplares de álamos y brebe hayedo en una de sus lindes.

—¡Hayas! —se extasió Don Fion—. Para mí son una imagen pirenaica... Uno de los más bellos bosques de hayas que conozco, la selva del Irati le llamaban, hacía ricos a todos los valles que le circundaban... Es bosque bien hermoso y limpio que necesita pocos cuidados, tal vez únicamente tala selectiva anual.

—¿Quieres que comamos algo, Negro?

—Mejor, no; si hacemos un alto aquí, antes de llegar a destino, nos costará más luego reanudar la marcha. Podemos descender hasta el claro, menos de una hora nos llevará, y una vez allá tomar las muestras, comer, echarnos siestecita, si quieres, y pensar en el regreso. ¿No te parece?

Así lo hicieron. En la parte más alta del calvero, en desnivel orientado hacia el sur, filtraciones formaban pequeños estanques cuyas aguas, canalizadas en un único

arroyo, atravesaban el espacio abierto y se perdían por una de las lindes para —invisible desde el calvero del perro y la cabrita por la arboleda—, precipitarse por una cortada a lo hondo de unas barrancas en donde estaban unas famosas pozas naturales de difícil acceso a las que llamaban la fuente de la desaparecida. Nadie en la región había sabido precisar la leyenda que rodeaba a aquella denominación, pero varios viejos recordaban fragmentos de una adivinable trama amorosa con una mujer suicida o castigada. Luz cenital en día muy despejado, el calvero del perro y de la cabrita mostraba toda su gala a los dos visitantes. Don Fion sugirió a Claudia Auani la sombra de las hayas para reposar, al otro lado de las fuentes convertidas en arroyo ligero, y en camino hacia allá descubrieron el pavoroso espectáculo: decenas de cuerpos de cérvidos muertos desparramados, casi carroña ya. Tanta esbeltez cadáver impresionó a los dos expedicionarios y a Claudia se le saltaron las lágrimas.

—Esto no es fruto de epidemia; ésto ha sido una carnicería de una banda feroz.

—¿Podría carroñar a las manadas de por aquí?

—Sí. Hay que tomar muestras y hacer una expedición para intentar enterrar o quemar estos despojos.

En el olvido ya el descanso a la sombra del hayedo, enguantados y protegida la respiración por finos pañuelos, Claudia y Fion tomaron algunas muestras de vísceras que envolvieron en aislantes plásticos y botes herméticos; intentaron enterrar algunos animales, pero no llevaban herramientas adecuadas y el trabajo era demasiado penoso.

—Una manada de lobos por aquí me parece bien raro...

—O perros salvajes, tú. Una verdadera horda animal en movimiento.

Casi una hora estuvieron ocupados en la faena tras la caminata; habían olvidado el hambre y se sentían exhaustos al final.

—¿Cómo no nos dijeron que era tal la magnitud de la carnicería?

—Parece que los vieron desde el aire, en un helicóptero,

y sólo dieron vagas referencias por radio. No debieron creer que fuera importante.

—Pues que vengan por el aire también a hacerse cargo de todo este destrozo. Y habría que investigar también el interior del bosque. Y quién ha sido el agente de esta crueldad, tú...

Abandonaron el lugar serios y apesadumbrados sin haber podido disfrutar apenas del esplendor —hollado esplendor por otra parte— de aquel privilegiado lugar del bosque. A medio camino en el descenso de regreso hicieron el alto prorrogado; de las provisiones comieron poco, desgastados como se sentían, y Claudia Auani consintió en beber del vino de la bota siempre compañera de Don Fion; no conseguía dominar el chorrillo y se manchó algo la camiseta. Rieron, por primera vez en el regreso al valle del Mago, visible frente a ellos.

—El vino rojo alegra el corazón, Auanita.

—Y en pequeñas cantidades aviva el deseo... Por eso evito sus humores.

— ¡Anda allá! ¿Te desagrada desear?

—Depende, chico. Una ha pasado lo suyo por su culpa.

—Para mí desear es como sentir con más pujanza la vida.

—Para mí, morir un poco.

—Curioso, ¿no?

—Ya ves.

Don Fion nos contaba que aquel instante del “ya ves” de Claudia Auani lo recordaba con una precisión tal que aún le producía algo entre fascinación y susto. Recordaba su perfil exacto, recogido el pelo a la nuca y despejada la frente y las orejas, su mirada alta perdida en aquel valle del Mago que tenían a sus pies a punto de explosión primaveral incontrolable. La breve pausa aún la recordaba Don Fion como uno de esos destellos de plenitud, imagen del sin tiempo o de la eternidad.

—Intuyo que va por ahí lo tuyo con Ali. ¿Me equivo-

co? —y Fion temió haber sido descortés, pero ya era tarde.

La chica negó con la cabeza y el otro dejó que prolongara la pausa a voluntad. Mágico perfil, mágico silencio, mágico valle...

—Para Ali, como para tí, según presiento, el deseo y el acto del amor es afirmación vital desbordante, alegría, risa, casi carcajada de felicidad... Para mí, algo agónico, plenitud tan fuerte que se me atenaza al pecho el temor a perderla o no poderla repetir... Es algo difícil de explicar.

—Un poeta antiguo decía que “la paz es grande como el amor, fuerte como el deseo”... Creo que el deseo, ese poder, al ser satisfecho acrecienta el amor, hace más profunda y expande tu relación con los otros...

—Para mí es bien diferente: a mí me fija, hasta la locura, al otro... Y fíjate que digo “al otro”, y no a los otros. Esa es mi desdicha. No lo puedo remediar.

A Claudia Auani se le habían saltado las lágrimas y Don Fion se aproximó a ella y la tomó por los hombros, tierno.

—A pesar de todos mis esfuerzos, soy una monógama atroz...

—Monoándrica, deberías de decir, chica —y Fion sonriente quería desdramatizar aquella conversación.

—Me da lo mismo. Sufro.

—Don Fion amagó un breve beso en el cuello de Claudia, su perfil de frente amplia y pelo recogido inmóvil, y notó un ligero respingo de rechazo, interpretó, que le hizo retraerse.

—Todas las caricias se las reservas para el Hamuín Alí...

—No, Fion. En este terreno yo no hago: me pasa.

—No te entiendo bien.

—Mi voluntad no es operativa, no puede nada. Todo me sucede como por voluntad ajena...

— ¡Anda allá! No me vas a decir que eres incapaz de calentarte y desear...

—Aunque te parezca raro, así es... y en estos momentos salvo con Ali, claro.

—¿Y si te erotizan bien? —Don Fion se acercó de nuevo a la muchacha y le acarició la mejilla tersa y fría.

—Puedes acariciar por donde gustes que, aunque quisiera vivamente, nada sentiría.

Fion le desabrochó la blusa y recorrió sus hombros y cuello —la muchacha evitaba la boca— con besos lentos, le trajinó el pantalón y con mano experta recorrió muslos, ingles y clítorix; Claudia se dejaba hacer, se tumbó de espaldas incluso para facilitar el viaje enervante de su compañero, pero su pasividad era notoria.

—Acaríciame tú, por favor —susurró Fion al oído de la chica.

—Si así lo quieres... Pero será inútil.

Claudia acariciaba el torso de Fion mecánicamente, como si acariciara un objeto de madera o una pared de ladrillo, a pesar de los esfuerzos de Fion... hasta que el gallego se sintió raramente inhonesto, mal, tras un corto momento de exultación, inhibido, deshinchado como un paracaídas ya caído.

—Eres imposible, Auanita.

—Ya te lo había advertido.

Se incorporaron de nuevo, arreglaron sus ropas y en silencio contemplaron un rato el valle del Mago allí a sus pies. Fion rompió el silencio.

—¿Y Ali?

Claudia suspiró.

—Su relación conmigo ya no es más que pura cortesía.

—La Ivanova os está ayudando, ¿no?

—Sí. Pero me está costando lo mío renunciar a él. Para Ali es fácil; se lía hasta con las mantas o las vacas. Pero para mí... ya ves.

Se miraron unos segundos y comprendieron que debían regresar a la casa. Así lo hicieron. Un par de horas antes del ocaso, tomaban un café con Flora, Ali, Yeni y Filis en la casa despertador de pájaros. Ali, más dicharachero y contador de chistes que nunca en las últimas semanas, comunicaba alegría; Flora Abenza le hizo un guiño al gallego Don Fion, que éste interpretó como gesto pícaro y de

que algo había pasado entre los dos durante su ausencia y la de —un puntín taciturna y como distraída— Claudia Auani. En cuanto tuvo ocasión, se lo preguntó en un aparte.

—¿Qué tal el Ali, Flora?

—Como todos los hamuines que conozco; él solito se lió con los cercados y los tenía listos al final de la mañana; se me puso pesado, y el primer polvo fue antes de comer. En la siesta, el segundo. Luego se lió con los apriscos para los que llegan de Guelma, y en dos horas tenía ya listo el trabajo que restaba, que no era poco. Me estaba ya trajinando para el tercer polvo cuando llegasteis vosotros... ¡Qué quieres que te diga!

Rieron los dos. Ali ayudaba a Claudia a organizar las muestras que habían traído del bosque en el frigorífico de la zona habilitada para laboratorio. Charlaban con toda seriedad y Fion y Flora hubieron de salir para que no les molestase su hilaridad.

Estambuli llegaba en ese momento con Catalina Ivanova y les anunció que en dos días más estarían los rebaños de Guelma.

~~3. — Una jornada antes de que llegaran los rebaños de Guelma al valle del Mago —en donde, por indicación de Simón, debían permanecer no más de dos días y luego proseguir marcha al sur, y en donde se les habían improvisado apriscos no lejos de la fuente de la Estrella pero bien diferenciados de los cercanos a la casa despertador de pájaros—, la compañía de Leila Naser en pleno había instalado sus reales en el valle, justo a media distancia entre la casa despertador de pájaros y el lugar reservado a la acampada de los rebaños de Guelma. Olga Marruz traía, entre sus novedades para aquel año, una canción salsero-blus de variaciones sobre una letra que se atribuía a don Borondón, aunque era improbable que así fuera, aquella que decía: “Nadie te dirá qué tienes/ sino qué sabes hacer. / Nadie te dirá de dónde vienes, / sino a dónde quieres / ir. Y~~